

cional y de estos malhadados tiempos. En cualquiera otro de más solidez y esplendor se habría contado al egregio vate murciano, por el valor real de sus singulares calidades, en el reducido número de ingenios próceres, que no suelen abundar en parte ninguna. Hoy, no solamente se le debe colocar tan alto porque así lo exige su mérito, sino además por haber sido, en medio de tanta venalidad y de tanta escoria, ejemplar rarísimo de inquebrantable perseverancia en seguir rectamente el camino de la virtud. Véase, pues, con cuánta razón he indicado antes que á la unidad esencial, á la amena variedad y bondad intrínseca de las obras de Selgas (vivo reflejo de la pura llama que ardía en su generoso espíritu sin vacilar ni extinguirse nunca), se debe la envidiable armonía, la peregrina belleza que las distingue y avalora.

MANUEL CAÑETE.



PRÓLOGO

—
AL SIGLO XIX

I.

SIGLO de la inquietud y el movimiento,
Del papel, la revuelta y el negocio,
El *confort*, la *toilette* y el tres por ciento.

En este instante que me embarga el ocio
Y me deslumbra tu soberbia pompa,
Á la lisonja universal me asocio.

Deja que alce la voz y el aire rompa,
Y en armoniosos números resuene
Al son de la guitarra ó de la trompa.

Que hay que tomar el tiempo como viene
Y apechugar con todo, porque hay prisa;
Y desdichado aquel que se detiene.

Vamos, que es tarde y la impaciencia avisa.
—¿Á dónde?— ¡Qué más da!—¿Cómo?—Al acaso.
—¿Alegres?—Más aún: muertos de risa.

Pasó la oscuridad y huyó el atraso;
Sabios hasta los niños de la escuela,
La mar de libertad nos sale al paso.

¿Tengo alma? Muy bien; no me desvela:
Mas que hay eternidad, premios, castigo...
Eso que se lo cuenten á mi abuela.

¡Dios!... sí, pudiera ser; no contradigo:
Si es un Dios razonable, que lo haya,
Que al fin nada tendrá que ver conmigo.

Pues hoy la humanidad su fuerza ensaya,
Y en eso de meterse en nuestras cosas
La ciencia y la razón lo han puesto á raya.

Abre el siglo á mis pies sendas hermosas,
Que pródigos tapizan á su modo,
En oro el lujo y el placer en rosas.

Ya entre razón y fe no hay acomodo;
Abra lo porvenir su seno oscuro,
Que es nuestra voluntad saberlo todo.

Vicio.... Virtud.... ¿Y qué? ¡Vaya un apuro!
¿Quién puede aquí pesar lo verdadero,
Si no hay más peso ya que el peso duro?

¡Deber!.... ¡Deber!.... Palabra de usurero.
Los deberes no son nuestro camino.
¿Hay algún otro que el deber dinero?

Religión.... Humildad.... ¡Qué desatino!
Pierde el tiempo quien quiera, hablando en plata,
Comulgarme con ruedas de molino.

¡Que al cabo moriremos!.... ¡Patarata!
Yo de la libertad tiro del carro,
Aunque me llamen mulo de reata.

Ya sé que me dirán que soy de barro,
Débil, frágil, mortal, gusano inmundo;
Nada de eso me importa ni un cigarro.

Pues sé también que en mi saber profundo
Soy sin freno, sin trabas, libre, en pelo,
El mayor animal que hay en el mundo.

II.

¡Qué cuadro, oh Dios! Al descorrerse el velo,
Progreso, libertad, ciencia, ganancia,
La Arcadía, Jauja, el Paraíso, el cielo.

Juntos el privilegio y la ignorancia
Cayeron, y á la vez abre copioso
Su retorcido cuerno la abundancia.

Si al resplandor del rayo luminoso
Se civilizan pueblos y naciones,
¿Habremos de seguir haciendo el oso?

Fuera el temor; no más preocupaciones,
Y calle la verdad, ó entré y arguya
En el tropel de tantas opiniones.

¿No ha de haber quien su imperio sustituya
Cuando el tumulto en las ideas crece
Y activo cada cuál lleva la suya?

Si no quiere ceder, siga en sus trece;
Porque en fecundidad no hay quien nos pueda,
Y en eterno charlar todo perece.

¿Oyes?... ya gritan; la palabra rueda:
«Pueblo» y «Patria» y «Honor.» ¡Facundia raral
Pues bien puedes decir que otra les queda.

Bueno que diga la codicia avara
Que esto es comprar la vida á peso de oro,
Y que nos cueste un ojo de la cara.

Pero ved bien del súbito tesoro
De la futura edad, ya en nuestra mano,
Correr sin cauce el manantial sonoro.

Lo que aún no fué, ya es; se abrió el arcano;
Oro es el tiempo y la señal patente
Del grande alcance del poder humano.

Rumboso y franco, el crédito impaciente
Endosa á lo futuro, sin descuento,
Todo lo que derrocha lo presente.

Y tú, deuda inmortal, vida y aliento
De nuestra edad, hasta en la más remota
Has de ser memorable monumento.

Que es mar sin fondo tu riqueza ignota,
Como el vacío que al espacio inunda,
Y ni la misma eternidad agota.

¡Cuán poderosa, oh Dios, y cuán profunda
 Á mis absortos ojos se presenta,
 De tanto bien la concepción fecunda!

Se abre el festín, la humanidad se sienta,
 Y gasta, y goza, y come, y bebe, y vive,
 Y la posteridad paga la cuenta.

¿Quién á vivir así no se suscribe?
 Á tan continuo afán, ¿quién no se aviene?
 Mayor prosperidad no se concibe.

Millionario hay que ser: eso es de ene.
 Quién en el mundo ya tiene bastante?
 ¿Quién no gasta ya más de lo que tiene?

Y al que le coja el carro, que se aguante;
 La suerte echada está; se abrió el barato;
 No hay que retroceder; trampa adelante.

Pues vivir como tres en un zapato
 Es cosa que pasó, y ancha es Castilla;
 El que venga detrás que pague el pato.

III.

¿Y no ha de ser del mundo maravilla
 Este tráfico audaz, perpetua feria,
 Honra del lucro y del honor mancilla?

No volváis hacia mí la cara seria,
 Pues os diré que nunca como ahora
 Ha escarnecido el lujo á la miseria.

La sed de rebelión que nos devora,
 En traiciones sin término resulta:
 Que siempre fué la rebelión traidora.

Del vicio ruín que á la virtud insulta
 Ceñimos ciegos la mortal guirnalda,
 Y mientras llega entre la sombra oculta

La gran justicia que las cuentas salda,
 Seguimos con la lengua por el suelo,
 Y al cielo vuelta la azotable espalda.

Inútil es nuestro inconstante anhelo;
 Que no dan nunca, ni por falso brillo,
 Flores las rocas ni calor el hielo.

Siglo de la subasta y del martillo,
 ¿Á dónde irás sin que el pesar te venza,
 Sin Dios, sin corazón y sin bolsillo?

No hay ya humano poder que te convenza;
 Te acercas al umbral del día aciago,
 Sin virtud, sin valor y sin vergüenza.

Y al perecer en el común estrago,
 No han de brotar en tus desiertas ruínas
 Ni flores de amarillo jaramago.

¡Oh siglo poderoso, que iluminas
 Con la luz de tu propio vilipendio
 El tenebroso fin á que caminas!

De tu ciencia y tu ser suma y compendio,
 Ya rencorosos llaman á tus puertas
 El puñal, la rapiña y el incendio.

Llaman con ronca voz, y no despiertas;
 Y apurando el placer hasta las heces,
 Giras en torno las miradas yertas.

Tremendo es el castigo que mereces;
 Los mismos que engendraste en tus entrañas,
 Van á ser tus verdugos y tus jueces;

No es Atila que en rápidas campañas,
 Al sol sangriento de su espada asoma,
 Asolando palacios y cabañas.

Siglo nueva Babel, nueva Sodoma,
No es menester que el Septentrion los lance;
Los bárbaros están dentro de Roma ¹.

No escaparás á su terrible alcance;
 Llevan la ley de la justicia eterna,
 Y Dios consiente que su furia avance.

Ufánate, generación moderna,
 Ya cada entendimiento es un abismo,
 Y cada corazón una caverna.

¹ Tassara.

IV.

Así suelo yo hablar conmigo mismo
 Cuando la noche á meditar obliga
 Y en solitaria reflexión me abismo.

Mas pronto el día mi terror mitiga
 Al despuntar en la apartada sierra
 La dulce claridad del alba amiga.

Y al punto veo despertar la tierra,
 Rindiendo al cielo en homenaje cuanto
 En vida y en amor y en pompa encierra.

Sus cimas y sus copas entre tanto
 Los montes y los árboles levantan,
 Y el césped tiende su florido manto.

Y brota el sol, las nubes se abrillantan,
 Baten palmas las hojas, salta el río,
 Los aires vuelan y los nidos cantan.

Y al pie de la montaña el bosque umbrío,
 Que soñoliento aún se despereza,
 Blande las ramas que bordó el rocío.

Así nace á la luz naturaleza
 Del hondo seno de las sombras frías,
 Y nos hace creer que el mundo empieza.

¡Valiente novedad! Viejas manías;
 Rutina que nos trajo el tiempo inculto;
 Que eso siempre pasó todos los días.

Aquí lo que hay que ver es el tumulto
 Con que la especie humana en dios se erige,
 Y á su propio poder se rinde en culto.

Que desde el Manzanares al Adige;
 Ó más bien desde el Atlas á los Andes,
 Sólo la voluntad del hombre rige.

¿Quién nos puede negar que somos grandes,
 Si hemos puesto con mano vencedora,
 Pásmense ustedes, una pica en Flandes?

Ved cómo la brutal locomotora
 Bramando, por la negra chimenea
 El humo lanza y la extensión devora.

Y al telégrafo ser voz de la idea,
 Oráculo del pueblo soberano
 Que en las revueltas calles hormiguea.

Arde el petróleo aquí; más allá ufano
Encarcelado el gas incendia el viento;
La dinamita atroz salta en la mano.

Bolsa y cuarteles, club y Parlamento,
El palacio, el garito.... ¡Muera!.... ¡Viva!....
La asonada, el motín.... ¡Qué movimiento!

La industria desatada el rayo activa
De máquinas terribles, donde esclava
Ruge á su vez la pólvora expansiva.

Del genio libre la elocuencia brava,
Dice en salva sangrienta á cañonazos
Que el hombre empieza cuando el mundo acaba.

Ni derechos, ni vínculos, ni lazos;
En cambio, audacia, puños y coraje,
Que aquí todo se arregla á linternazos.

Y honrando la palabra su linaje,
Las sílabas aumenta y el sentido,
Y hace de libertad libertinaje.

¡Dichosa edad! ¡De dónde habrás venido!
¡Qué tontos deben ser los que se han muerto!
¿Qué esperan, necios, los que no han nacido?

V.

Mas tan risueño Edén fuera un desierto
Si en el altar de espléndida comida
No hallara el apetito su cubierto.

Rica la mesa al paladar convida
Y al placer del estómago convoca,
Que hay que vivir haciendo por la vida.

Y ante el *ménu* nuestra impaciencia loca
Se aviva, y se nos hace, anuncio grato
De exquisito sabor, agua la boca.

Sobre limpio mantel, de plato á plato,
Se elevan, ya en cristal, ya en porcelana,
Perfumes que cautivan el olfato.

La cocina en el mundo soberana,
Salsas, fritos y asados condimenta,
Del paladar asidua cortesana.

¡Qué variedad de guisos nos presenta!
¡Con qué arte los sazona y los perfuma!
¡Qué trufas! y ¡qué sal! y ¡qué pimienta!

Y en tanto que el deleite se consume,
Hasta los bordes de la copa asciende
De alegres vinos la bullente espuma.

Crujen los vasos y el afán se enciende;
De par en par abiertas, sus favores
Brindan para empezar ostras de Ostende.

Disputándose formas y colores,
Bordan la mesa y dan al gusto ejemplo,
Frutas de aquí, de allá pastas y flores.

Que han de acabar, por lo que yo contemplo,
El estómago en dios, la gula en rito,
En ara el plato y la cocina en templo.

Si una vez satisfecho el apetito
La digestión mis fuerzas embaraza
Cuando más renovarlas necesito,

Al embotado espíritu solaza
Ver entre copa y copa en gran bandeja
De soñador café llena la taza.

Y al grato incienso del altar semeja
El tabaco oloroso, cuando el humo
Su rastro azul en el ambiente deja.

De Heliogábalo y Lúculo presumo
Que envidia somos. Roma vomitando
Ni más regalo vió, ni más consumo.

¡Oh fuerza digestiva! Dime: ¿cuándo
Nueva afición habrá que nos inquiete?
Lo demás es vivir de contrabando.

Ánimo, pues, que el mundo nos promete
Las horas detener que el tiempo guía,
Y abrir la eternidad para un banquete.

Tú, estómago vulgar, boca vacía,
Que comes por vivir, sin más apuro
Que el pan nuestro ramplón de cada día;

Si vinieres á vernos, yo te juro
Que en nosotros verás los más lucidos
Cerdos de la piara de Epicuro.

Y si vienes, adorna tus vestidos;
Déjate el alma avergonzada y sola,
Y no me traigas más que los sentidos.

Mesa.... palacio.... tren.... ola tras ola
Nos inunda el deleite y nos afana,
Y en cuanto á lo demás, rueda la bola.

VI.

Tal Babilonia fué, tal fué pagana
La poderosa Roma; aun á los ojos
Fingen ejemplos de grandeza humana.

Mas tiene la justicia sus antojos,
Y sellándolas, son por ley expresa
Recuerdos de ignominia sus despojos.

Que hicieron de ellas degradante presa
Los apetitos de la carne bruta,
Y cayeron las dos de sobremesa.

Nosotros vamos por la misma ruta
Al mismo fin, pues nunca habrá misterio
En que el mismo árbol dé la misma fruta.

Nada nos falta, ciencia y magisterio
Gobiernan y los cetros y el Estado
Los que sofistas son del Bajo Imperio.

Y á tal punto las cosas han llegado,
Que hasta en la humilde casa en que se esconde,
Tiembla el hombre de bien de ser honrado.

Donde mires verás, no importa dónde,
En infamia y vileza á todos unos,
Y al nombre de virtud nadie responde.

Y si, locos de atar, dicen algunos
Que ahondándose se acerca al precipicio,
Los llamaremos locos é importunos.

Que ya no hay deslealtad sin beneficio,
Y halla el fraude favor, derecho el crimen,
Y premio la impiedad, y aplauso el vicio.

Verás alzarse en triunfo á los que oprimen,
Felicitado el oro que soborna,
Desamparados siempre á los que gimen.

Que en el revuelto mar de esta liorna,
Charco más bien de víboras y ranas,
Todo en desprecio del honor se torna.

¿ Temes ser bueno? Tu camino allanas:
Sé hipócrita una vez, fingete infame,
Y te echarán á vuelo las campanas.

Porque aquí ya no hay más que toma y dame,
Y es juego de compadres fama y nombre,
Y no hay degradación que no se aclame.

La gloria del imbécil no te asombre,
Si es perverso además, que en esta altura,
De rebajarlo todo vive el hombre.

¿Quieres medrar?... Pues dobla la cintura
Á toda corrupción, írquete, y lleva
Sucias las manos y la lengua impura.

Toma de donde hubiere, pon á prueba
El ajeno interés, y una vez lleno,
No has de encontrar ley que se te atreva.

Triunfa, avasalla, y si murmuran, bueno;
Que nunca han de decir que es amor propio
Este amor que sentimos por lo ajeno.

¿Qué más puedes querer? Hecho tu acopio,
Compra lisonjas, y á dormir tranquilo,
Que el bienestar en la conciencia es opio.

Deja al pobre que honrado, hilo á hilo
Llore de la fortuna los desaires,
Pues ¿qué te importa á ti que sude el quilo?

Haz gala de primor en los donaires,
Y dínos que á este mundo no viniste
Ni á arar la tierra ni á mudar de aires.

VII.

¡Oh siglo! vuelvo á repetir: ¡cuán triste
Se me ofrece la pérfida algazara
Con que la angustia de tu afán se viste!

Arroja el antifaz que así te ampara,
Y dime francamente si te atreves
Á mirarte á ti mismo cara á cara.

Huye el tiempo veloz, las horas breves
No han de volver, y la sentencia espera,
Aunque al gran juicio tu arrogancia lleves.

Que ya empezó el castigo con la fiera
Sed de placeres que insaciable inspiras,
Porque esa misma sed nos desespera.

No sabes lo que ves ni lo que miras;
Finges ciencia y moral, recursos vanos,
Pues sólo te alimentas de mentiras.

Como ya en corrupción, restos humanos,
Nuestros cuerpos, devóralos la muerte,
Convertidos los goces en gusanos.

Así vamos viviendo, y de esta suerte,
Cansados, mas no hartos, como en pena
La vida en sepultura se convierte.

Cunde en las almas la mortal gangrena,
Y en el presidio de la carne, en hordas
Arrastran de los cuerpos la cadena.

Almas á todo bien ciegas y sordas,
En la molicie sensual activas
En que tú, siglo sabio, las desbordas.

Y han de sentir, mirándolas cautivas
De tantos vicios en el lazo estrecho,
Dolor naturaleza al verlas vivas,
Santas tristezas Dios, de haberlas hecho.



EL AVARO

GUENTAN que fué concebido
Á oscuras, de un solo rasgo,
Para que no se gastase
Tiempo ni luz en forjarlo.

Su precio, según es fama,
No pudo ser más barato,
Pues si su madre lo tuvo,
Dicen que fué de regalo.

Se le halló manos á boca,
Como cruz libre de gastos;
Es decir, como pedrada
En ojo de boticario.